

RUISEÑORES EN MEDIO DE LA BATALLA: DÍAS Y NOCHES DE UN NOVELISTA

JOSÉ BELMONTE SERRANO
Universidad de Murcia

Es evidente que la guerra, a pesar de que el famoso parte firmado por un victorioso general de triste recuerdo diga lo contrario, no ha terminado. La guerra –nuestra guerra civil- y todo lo que hay alrededor de la misma, tanto sus atrocidades, como los actos de heroísmo y humanidad, sigue siendo un asunto que despierta la curiosidad de unos escritores y un público que, en su mayor parte, desaparecida casi la totalidad de los que participaron de una u otra manera en la misma, sólo tienen referencias de ella a través de los libros. Se dice en el prólogo de la novela de Andrés Trapiello que la guerra española es la que cuenta con más bibliografía de cuantas han existido, después de la segunda guerra mundial. Un dato que conviene tener en cuenta y que debería ser motivo de reflexión. Existió una literatura del exilio, surgida al amparo de la contienda. También se desarrolló en España, a partir de los años cuarenta, en la inmediata posguerra, una literatura atada a los caprichos y rigores de esa censura que nos ha acompañado hasta finales de la década de los setenta.

Ha sido esa generación de escritores nacida en la década de los cincuenta o a finales de los cuarenta, integrada por autores como Rafael Chirbes, Julio Llamazares, Antonio Muñoz Molina o el propio Andrés Trapiello, con *Días y noches*¹, la que ha logrado darle una nueva visión, acaso con una mirada más perspicaz e inteligente, a un asunto que parecía definitivamente cerrado.

Decía el escritor norteamericano-español Jorge Santayana que hay acontecimientos en la historia que nunca se deben olvidar. Es obvio que en los tiempos de la dictadura, con Franco, fue imposible contar con una literatura como la que ahora lleva a cabo Trapiello. Después, cuando vino la democracia, con los socialistas o sin ellos, la decidida y pertinaz vocación europeísta casi consigue que nos olvidemos todos de que aún existe América, nuestra América, la América Hispana.

¹ Andrés Trapiello, *Días y noches*, Espasa, Madrid, 2000

Se dice que hubo en torno a los quinientos mil españoles que pasaron algún tiempo en un campo de concentración. Muchos de ellos escribieron sobre esta experiencia. Estos españoles republicanos cruzaron la frontera francesa durante la última etapa de la guerra civil. Y desde allí, unos a los campos de refugiados e internamiento en Francia - St. Cyprien, Argelès, Vernet, Bram-, deportados algunos de allí a campos de trabajo en diversos lugares de Francia y Alemania -Buchenwald, Dachau, Mauthausen-, donde residieron, se calcula, diez mil españoles, entre los cuales salieron vivos unos dos mil; otros, enviados a los campos argelinos de Bu-Arfa, Meridje, El-Urak, Djelfa, para terminar sólo los más afortunados después de un viaje fantasmagórico a través del Atlántico en barcos de carga que tenían nombres como *Ipanema* y *Sinaia*, en diversas partes de América, particularmente México, que casi se podría calificar metafóricamente como el Zion de los españoles exiliados.

La novela de Trapiello, comienza justo en ese punto, cuando alguien, que trata de seguirle la pista al *Sinaia* descubre en los archivos de la Fundación Pablo Iglesias que en el expediente ARD 271-2 apenas se consignan los nombres de mil pasajeros de los mil quinientos noventa y nueve que se embarcaron el 25 de mayo de 1939 rumbo a México. Entre esos pasajeros figuran los nombres de Justo García Valle, autor del manuscrito que se reproduce a continuación del prólogo y que supone el cuerpo principal de la novela, Thomas Lechner, sobre el que gira buena parte de la acción del libro, y el pintor Ramón Gaya, al que Andrés Trapiello rinde un merecido homenaje, dedicándole la novela y reproduciendo uno de sus cuadros, *Veracruz*, de 1949, en la portada.

No haría falta decir que la novela de Trapiello es interesante y está bien escrita. No exagero si digo que se trata de un libro clave en la narrativa española de esta última década. Me parece excelente desde la primera hasta la última página. Desde esas dos citas que encabezan la obra, la primera de Nietzsche en la que podemos leer: «Un gran dolor hace a los hombres más elocuentes de lo que por sí son», con la que, de alguna manera, quedaría justificada la actitud del narrador, Justo García, a la hora de decidirse a poner por escrito en un cuaderno todas sus experiencias diarias desde los últimos días de la guerra hasta su llegada a México; y, por otra parte está la cita extraída del Romancero del Cid («Caminan días y noches/ con camino apresurado») donde hallamos la clave del título, que queda justificado, además, en las páginas de la propia novela.

Pero antes de embarcar en el *Sinaia*, Justo García, con una prosa y un lenguaje que se nos antoja muy cercano a nosotros, como si nos estuviera relatando esta historia al oído, otro de los grandes aciertos, qué duda cabe, de Andrés Trapiello, nos cuenta su triste experiencia de la guerra. La guerra de verdad, la que se refleja en las páginas de esta novela, no se parece en nada a la guerra que vemos en las películas, a la guerra de la *tele*. Hay cosas que son imposibles de captar en imágenes. Sólo sabes que existen porque alguien las ha visto y luego las ha contado. Parece como si hubiera un instante en el que ciertas cosas sólo pueden ser captadas por el ojo humano, cualquier otro recurso resulta-

ría inútil. Y la guerra no es otra cosa que un cúmulo de gestos, como deja bien claro Andrés Trapiello en su novela. En la guerra todo resulta irreal: más importante que poseer un arma es tener unas buenas botas, de ahí que los muertos siempre aparezcan descalzos. Y lo peor de todo, como si fuera un mal chiste de Gila, es que nadie sabe dónde está el frente, nadie sabe nada, lo que nos trae a la memoria de inmediato esa otra genial novela de Dino Buzzati, *El desierto de los tártaros* donde el teniente Giovanni Drogo, junto a cientos de hombres, tiene la misión de custodiar un desfiladero por el que jamás pasará nadie.

En la guerra cunde la prisa, nadie se asombra de nada, el silencio se convierte en la mejor de las preguntas. Trapiello pone todo el empeño posible por reflejar en estas páginas lo que supone llevar a cabo una guerra cuando apenas hay armas con las que luchar, ni pan para comer, ni ropa con la que soportar el frío y guarecerse del barro y la lluvia. Y los piojos. También hay que contar en todas las guerras con los malditos piojos, a los que Trapiello dedica alguno de los párrafos más memorables de su novela; textos en los que no falta un cierto humor triste, una alegría dolorosa.

Dejaba apuntado anteriormente ese humor triste que de vez en cuando asoma en la novela entre unos personajes que por no tener, ya ni siquiera tienen labios para reír. El humor, ya digo, es tristísimo, pero no llega a ser solanesco, hubiera sido demasiado patético y Trapiello sabe frenar tales impulsos, tales tentaciones a tiempo. Pongamos un solo ejemplo: «El canto del gallo sólo quiere decir una cosa: estoy cerca de alguna casa o de algún pueblo. Si los gallos hablasen idiomas, podría saber si éste que ahora oigo cantar es un gallo francés o un gallo español. Éste me parece un gallo catalán, porque ha cantado sólo una vez» (p. 92).

Otro de los grandes aciertos de Trapiello son los personajes. Era de vital importancia que los personajes resultaran verosímiles, creíbles, cercanos para el lector. En ello radica, principalmente, el éxito de esta obra. En tal sentido, el autor sigue, de alguna manera, los dictados de escritores como Galdós y, sobre todo, Baroja. Ha creado tres o cuatro personajes de gran fuerza, inolvidables una vez que hemos concluido estas páginas, y a su alrededor toda una galería de secundarios, descritos con tan sólo unas magistrales pinceladas, como Madame Barbizon, Faustino, Pichón o la pequeña Hélène.

Thomas Lechner es, sin embargo, el personaje que más directamente llega al lector. Su atractivo es indiscutible. Trapiello es consciente de ello desde el principio de la novela, cuando en las páginas del prólogo la casualidad hace que se descubra su ficha, en la que, a continuación del nombre y sus dos apellidos, se añade: «Todo desconocido». Lechner es la acción pura, «mira hacia adelante aunque lleve los ojos vendados, es un hombre de la mañana». Pero lo que verdaderamente nos cautiva es su vida misteriosa, su pasado borroso. Una de las descripciones más amplias que podemos leer en estas páginas lo identifica con alguno de los más conocidos antihéroes del cine negro, de la novela poli-

cíaca. A los lectores nos gusta que nunca pierda la compostura, que siempre guarde un as en su manga, que sea imprevisible en sus acciones, que sepa sufrir en silencio.

Es obvio que aún no se ha dicho y escrito toda la verdad sobre los campos de refugiados en Francia. Trapiello llega a través de la ficción a donde nunca han querido o han podido llegar los libros de historia. Hay quienes aún suponen que la intervención francesa con respecto a los refugiados republicanos fue desinteresada y honesta. Resulta ciertamente significativo y, al mismo tiempo, simbólico que los únicos personajes que tienen un gesto amable, generoso y sincero, con los refugiados españoles sean unas prostitutas francesas. Con eso queda dicho todo. O casi todo, porque Trapiello aprovecha la ocasión que se le brinda para hablar de quienes hicieron un negocio personal de la desgracia ajena. Gendarmes capaces de incautarse unos prismáticos porque eso se consideraba material de guerra, y una máquina de escribir, porque era instrumento para la propaganda política.

Para Justo García, autor de ese diario que A. T. (Andrés Tapiello, suponemos) decide editar, la escritura es un medio de salvación. Para Trapiello es una manera de que resplandezcan y salgan a la luz lo que hasta ahora han sido sólo medias verdades. Y lo hace sin descuidar ni un ápice el estilo, sabiendo siempre que está ante una novela y no ante un libro de historia o un ensayo, logrando ese tono necesario –que tan hábilmente mantiene a lo largo del relato– para que la novela eche a andar por sí sola. En medio de tanta desolación, entre este ejército de fantasmas que va de un sitio para otro, también hay lugar para la poesía. *Días y noches* es, asimismo, un relato impregnado de lirismo; un relato que atrapa de inmediato al lector, que nos seduce no sólo por ese tema, la guerra civil y el inmediato exilio, que aún resulta doloroso para los españoles, sino también por la magia de la palabra, que Trapiello sabe emplear como ningún otro.